

coge el Señor para aprovechar á otras; aunque esta fortaleza no viene de sí: de poco en poco, en llegando el Señor aquí un alma, le va comunicando muy grandes secretos. Aquí son las verdaderas revelaciones en este éxtasi y las grandes mercedes y visiones, y todo aprovecha para humillar y fortalecer el alma, y que tenga en ménos las cosas desta vida y conozca más claro las grandezas del premio que el Señor tiene aparejado á los que le sirven. Plega á su Majestad sea alguna parte la grandísima largueza que con esta miserable pecadora ha tenido, para que se esfuercen y animen los que esto leyeren, á dejarlo todo del todo por Dios; pues tan cumplidamente paga su Majestad, que aun en esta vida se ve claro el premio y la ganancia que tienen los que le sirven: ¿qué será en la otra?

CAPITULO XXII.

En que trata, cuán seguro camino es para los contemplativos, no levantar el espíritu á cosas altas, si el Señor no le levanta; y cómo ha de ser el medio para la más subida contemplacion la Humanidad de Cristo. Dice de un engaño en que ella estuvo un tiempo: es muy provechoso este capítulo.

1. Una cosa quiero decir, á mi parecer, importante, que si á vuesa merced le parece bien, servirá de aviso, que podría ser haberle menester: porque en algunos libros que están escritos de oracion tratan que aunque el alma no puede por sí llegar á este estado porque es todo obra sobrenatural que el Señor obra en ella, que podrá ayudarse levantando el espíritu de todo lo criado y subiéndole con humildad despues de muchos años que haya ido por la via purgativa, y aprovechando por la iluminativa (no sé yo bien por qué dicen iluminativa; entiendo que de los que van aprovechando) y avisan mucho, que aparten de sí toda imaginacion corpórea, y que se alleguen á contemplar en la Divinidad; porque dicen que aunque sea la Humanidad de Cristo, á los que llegan ya tan adelante, que embaraza ó impide á la más perfecta contemplacion. Traen lo que dijo el Señor á los Apóstoles cuando la venida del Espíritu Santo, digo cuando subió á los cielos, para este propósito. Y parece á mi que si tuvieran la Fe como la tu-

vieron despues que vino el Espíritu Santo, de que era Dios y Hombre, no les impidiera; pues no se dijo esto á la Madre de Dios, aunque le amaba más que todos. Porque les parece que como esta obra toda es espíritu, que cualquiera cosa corpórea la puede estorbar é impedir, y que considerarse en cuadrada manera y que está Dios de todas partes y verse engolfado en él, es lo que han de procurar. Esto bien me parece á mi algunas veces; mas apartarse del todo de Cristo y que éntre en cuenta este divino cuerpo con nuestras miserias ni con todo lo criado, no lo puedo sufrir. Plega á su Majestad que me sepa dar á entender. Yo no lo contradigo, porque son letrados y espirituales y saben lo que dicen, y por muchos caminos y vias lleva Dios las almas, como ha llevado la mia; quiero yo ahora decir (en lo demás no me entremeto) y en el peligro en que me vi, por querer conformarme con lo que leía. Bien creo que quien llegare á tener union y no pasare adelante (digo arrobamientos y visiones y otras mercedes que hace Dios á las almas) que terná lo dicho por lo mejor, como yo lo hacia; y si me hubiera estado en ello, creo nunca hubiera llegado á lo que ahora; porque á mi parecer es engaño, ya puede ser yo sea la engañada, mas diré lo que me acaeció.

2. Como yo no tenía maestro y leía en estos libros, por donde poco á poco yo pensaba entender algo (y despues entendí que si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender; porque no era nada lo que entendia, hasta que su Majestad por experiencia me lo daba á entender, ni sabía lo que hacia), en comenzando á tener algo de oracion sobrenatural, digo de quietud, procuraba desviar toda cosa corpórea; aunque ir levantando el alma yo no osaba, que como era siempre tan ruin, veía que era atrevimiento; mas parecíame sentir la presencia de Dios, como es así; y procuraba estarme recogida con él, y es oracion sabrosa, si Dios allí ayuda, y el deleite mucho; y como se ve aquella ganancia y aquel gusto, ya no habia quien me hiciese tornar á la Humanidad, sino que en hecho de verdad me parecia me era impedimento. ¡Oh Señor de mi alma y bien mio Jesu-Cristo crucificado! no me acuerdo vez desta opinion que tuve que no me dé pena, y me parece que hice una gran traicion, aunque con ignorancia. Habia sido yo tan devota toda mi vida de

Cristo; porque esto era ya á la postre; digo á la postre, de ántes que el Señor me hiciese estas mercedes de arrebata- mientos y visiones. Duró muy poco estar en esta opinion , y ansi siempre tornaba á mi costumbre de holgarme con este Señor, en especial cuando comulgaba, quisiera yo siempre traer delante de los ojos su retrato é imágen, ya que no podia traerle tan esculpido en mi alma como yo quisiera. ¿Es posi- ble, Señor mio, que cupo en mi pensamiento, ni una hora, que vos me habiades de impedir para mayor bien? ¿De dónde vinieron á mí todos los bienes, sinó de vos? No quiero pensar que en esto tuve culpa, porque me lastimo mucho, que cierto era ignorancia; y ansi quisistes vos, por vuestra bondad, re- mediarla con darne quien me sacase deste yerro, y despues con que os viese yo tantas veces, como adelante diré, para que más claro entendiése cuán grande era, y que lo dijese á muchas personas, que lo he dicho, y para que lo pusiese aho- ra aquí. Tengo para mí que la causa de no aprovechar más muchas almas y llegar á muy gran libertad de espíritu cuan- do llegan á tener oracion de union, es por esto.

3. Paréceme que hay dos razones en que puedo fundar mi razon, y quizá no digo nada, mas lo que dijere helo visto por experiencia, que se hallaba muy mal mi alma hasta que el Señor la dió luz; porque todos sus gozos eran á sorbos, y salida de allí no se hallaba con la compañía que despues para los trabajos y tentaciones: la una es que va un poco de poca humildad tan solapada y escondida, que no se siente. ¿Y quién será el soberbio y miserable como yo que cuando hubiera trabajado toda su vida con cuantas penitencias y oraciones y persecuciones se pudieran imaginar, no se halle por muy rico y muy bien pagado cuando le consienta el Señor estar al pié de la cruz con San Juan? No sé en qué seso cabe no se contentar con esto, sinó en el mio, que de todas maneras fué perdido en lo que habia de ganar. Pues si todas veces la con- dicion ó enfermedad, por ser penoso pensar en la pasion, no se sufre, ¿quién nos quita estar con él despues de resucitado, pues tan cerca le tenemos en el Sacramento, donde ya está glorificado, y no le miráremos tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacia tanto bien, no creido de los Apóstoles? Porque cier-

to no todas veces hay quien sufra pensar tantos trabajos, como pasó. Héle aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando á los unos, animando á los otros, ántes que subiese á los cielos. Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no pa- rece fué en su mano apartarse un momento de nosotros. ¿Y que haya sido en la mia, apartarme yo de Vos, Señor mio, por más serviros? Que ya cuando os ofendia no os conocia; ¿mas qué conociéndoos pensase ganar más por este camino? ¡Oh qué mal camino llevaba, Señor! Ya me parece iba sin camino, si Vos no me tornárades á él, que en veros cabe mi, he visto todos los bienes. No me ha venido trabajo, que mirándoos á vos cual estuvistes delante de los jueces, no se me haga bue- no de sufrir. Con tan buen amigo presente, con tan buen ca- pitan, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir: él ayuda y da esfuerzo, nunca falta, es amigo verdadero; y veo yo claro, y he visto despues, que para contentar á Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos desta Humanidad Sacratísima, en quien dijo su Majestad se deleita. Muy muchas veces lo he visto por expe- riencia: hámelo dicho el Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar, si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos.

4. Así que vuesa merced, señor, no quiera otro camino, aunque esté en la cumbre de contemplacion; por aquí va se- guro. Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes, él le enseñará: mirando su vida es el mejor dechado. ¿Qué más queremos de un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo? Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere cabe de sí. Miremos al glorioso San Pablo que no parece se le caia de la boca siempre Jesús, como quien le tenía bien en el corazon. Yo he mirado con cuidado, des- pues que esto he entendido, de algunos santos grandes con- templativos, y no iban por otro camino. San Francisco da muestra dello en las llagas. San Antonio de Pádua en el niño. San Bernardo se deleitaba en la Humanidad. Santa Catalina de Sena. Otros muchos que vuesa merced sabrá mejor que yo. Esto de apartarse de lo corpóreo, bueno debe de ser cierto, pues gente tan espiritual lo dice; mas á mí parecer ha de ser

estando el alma muy aprovechada; porque hasta esto, está claro, se ha de buscar el Criador por las criaturas. Todo es como la merced el Señor hace á cada alma, en eso no me entremeto. Lo que querría dar á entender es que no ha de entrar en esta cuenta la Sacratísima Humanidad de Cristo. Y entiéndase bien este punto, que querría saberme declarar.

5. Cuando Dios quiere suspender todas las potencias (como en los modos de oracion que quedan dichos hemos visto), claro está que aunque no queramos, se quita esta presencia. Entónces vaya en hora buena; dichosa tal pérdida, que es para gozar más de lo que nos parece se pierde; porque entónces se emplea el alma toda en amar á quien el entendimiento ha trabajado conocer, y ama lo que no comprendió, y goza de lo que no pudiera también gozar, si no fuera perdiéndose á sí para, como digo, más ganarse; mas que nosotros de maña y con cuidado nos acostumbremos á no procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre (y pluguiese al Señor fuese siempre) esta Sacratísima Humanidad, esto digo, que no me parece bien y que es andar el alma en el aire, como dicen; porque parece no trae arrimo, por mucho que le parezca anda llena de Dios. Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos traerle humano; que este es el otro inconveniente que digo hay. El primero ya comencé á decir es un poco de falta de humildad de quererse levantar el alma hasta que el Señor la levante; y no contentarse con meditar cosa tan preciosa y querer ser María ántes que haya trabajado con Marta. Cuando el Señor quiere que lo sea aunque sea desde el primer día, no hay que temer; mas comidámonos nosotros, como ya creo otra vez he dicho. Esta motita de poca humildad, aunque no parece es nada, para querer aprovechar en la contemplacion, hace mucho daño.

6. Tornando al segundo punto, nosotros no somos Angeles, sinó tenemos cuerpo: querernos hacer Angeles estando en la tierra, y tan en la tierra como yo estaba, es desatino, sinó que há menester tener arrimo el pensamiento para lo ordinario, ya que algunas veces el alma salga de sí ó ande muchas tan llena de Dios, que no haya menester cosa criada para recogerla. Esto no es tan ordinario que en negocios y

persecuciones y trabajos, cuando no se puede tener tanta quietud, y en tiempo de sequedades es muy buen amigo Cristo; porque le miramos Hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía, y habiendo costumbre es muy fácil hallarle cabe sí; aunque veces vernán que ni lo uno ni lo otro no se pueda. Para esto es bien lo que ya he dicho, no nos mostrar á procurar consolaciones de espíritu, venga lo que viniere, abrazado con la cruz, es gran cosa. Desierto quedó este Señor de toda consolacion, sólo le dejaron en los trabajos: no le dejemos nosotros, que para más subir él nos dará mejor la mano que nuestra diligencia, y se ausentará cuando viere que conviene, y que quiere el Señor sacar el alma de sí, como he dicho.

7. Mucho contenta á Dios ver un alma que con humildad pone por tercero á su Hijo y le ama tanto, que áun queriendo su Majestad subirle á muy gran contemplacion (como tengo dicho) se conoce por indigno, diciendo con San Pedro: Apartáos de mí, Señor, que soy hombre pecador. Esto he probado, deste arte ha llevado Dios mi alma. Otros irán, como he dicho, por otro atajo; lo que yo he entendido es que todo este cimientito de la oracion va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en la oracion, más la sube Dios. No me acuerdo haberme hecho merced muy señalada de las que adelante diré, que no sea estando deshecha de verme tan ruin, y aún procuraba su Majestad darme á entender cosas para ayudarme á conocerme que yo no las supiera imaginar. Tengo para mí que cuando el alma hace de su parte algo para ayudarse en esta oracion de union, que aunque luégo parece le aprovecha, que como cosa no fundada se tornará muy presto á caer; y hé miedo que nunca llegará á la verdadera pobreza de espíritu, que es no buscar consuelo ni gusto en la oracion (que los de la tierra ya están dejados), sinó consolacion en los trabajos, por amor del que siempre vivió en ellos, y estar en ellos, y en las sequedades quieta, aunque algo se sienta, no para dar inquietud, y la pena que á algunas personas que si no están siempre trabajando con el entendimiento y con tener devocion, piensan que va todo perdido, como si por su trabajo se mereciese tanto bien. No digo que no se procure y estén con cuidado delante de Dios; mas que si no

podrían tener aún un buen pensamiento (como otra vez he dicho), que no se maten: siervos sin provecho somos, ¿qué pensamos poder? Mas quiera el Señor que conozcamos esto y andemos hechos asnillos para traer la noria del agua que queda dicha, que aunque cerrados los ojos y no entendiendo lo que hacen, sacarán más que el hortelano con toda su diligencia. Con libertad se ha de andar en este camino puestos en las manos de Dios; si su Majestad nos quisiera subir á ser de los de su cámara y secreto, ir de buena gana; si no servir en oficios bajos, y no sentarnos en el mejor lugar, como he dicho alguna vez. Dios tiene cuidado más que nosotros y sabe para lo que es cada uno. ¿De qué sirve gobernarse á sí quien tiene ya dada su voluntad á Dios? A mi parecer muy menos se sufre aquí que en el primer grado de la oracion, y mucho más daña; son bienes sobrenaturales. Si uno tiene mala voz, por mucho que se esfuerce á cantar no se le hace buena; si Dios quiere dársela, no há él menester ántes dar dos voces: pues supliquemos siempre nos haga mercedes, rendida el alma, aunque confiada de la grandeza de Dios. Pues para que esté á los piés de Cristo le dan licencia, que procure no quitarse de allí, esté como quiera, imite á la Magdalena, que de que estuviere fuerte, Dios la llevará al desierto.

8. Así que vuesa merced hasta que halle quien tenga más experiencia que yo y lo sepa mejor, estése en esto. Si son personas que comienzan á gustar de Dios, no las crea, que les parece les aprovecha, y gustan más ayudándose. ¡O cuando Dios quiere, cómo viene al descubierto sin estas ayuditas, que aunque más hagamos, arrebatá el espíritu como un gigante tomaria una paja, y no basta resistencia! ¡Qué manera para creer, que cuando él quiere espera á que vuele el sapo por sí mismo! Y aún más dificultoso y pesado me parece levantarse nuestro espíritu si Dios no le levanta; porque está cargado de tierra y de mil impedimentos, y aprovéchale poco querer volar, que aunque es más su natural que el del sapo, está ya tan metido en el cieno, que lo perdió por su culpa. Pues quiero concluir con esto, que siempre que se piense de Cristo, nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes, y cuán grande nos le mostró Dios nuestro Señor, en darnos tal pren-

da del que nos tiene, que amor saca amor. Y aunque sea muy á los principios y nosotros muy ruines, procuremos ir mirando esto siempre, y despertándonos para amar, porque si una vez nos hace el Señor merced que se nos imprima en el corazón este amor, sernos há todo fácil, y obraremos muy en breve y muy sin trabajo. Dénsle su Majestad, pues sabe lo mucho que nos conviene por el que él nos tuvo, y por su glorioso Hijo, á quien tan á su costa nos le mostró. Amen.

9. Una cosa querría preguntar á vuesa merced: ¿cómo en comenzando el Señor á hacer mercedes á un alma tan subidas, como es ponerla en perfecta contemplacion, que de razon habia de quedar perfecta del todo luego (de razon si por cierto, porque quien tan gran merced recibe, no habia más de querer consuelos de la tierra); pues por qué en arrobamiento, y en cuanto está ya el alma más habituada á recibir mercedes, parece que trae consigo los efectos tan más subidos, y mientras más, más desasida, pues en un punto que el Señor llega la puede dejar santificada, ¿cómo despues andando el tiempo la deja el mismo Señor con perfeccion en las virtudes? Esto quiero yo saber, que no lo sé; más bien sé es diferente lo que Dios deja de fortaleza, cuando al principio no dura más que cerrar y abrir los ojos, y así no se siente, sinó en los efectos que deja, ó cuando va más á la larga esta merced. Y muchas veces paréceme á mí, si es el no se disponer del todo luego el alma, hasta que el Señor poco á poco la cria, y la hace determinar, y da fuerzas de varon, para que dé del todo con todo en el suelo, como lo hizo con la Magdalena con brevedad; hácelo en otras personas, conforme á lo que ellas hacen en dejar á su Majestad hacer: no acabamos de creer, que aún en esta vida da Dios ciento por uno.

10. También pensaba yo esta comparacion, que puesto que sea todo uno lo que se da á los que más adelante van, que en el principio es como un manjar, que comen dél muchas personas, y las que comen poquito, quedales sólo buen sabor por un rato; las que más, ayuda á sustentar; las que comen mucho, da vida y fuerza: y tantas veces se puede comer y tan cumplido deste manjar de vida, que ya no coma cosa que les sepa bien, sinó él; porque ve el provecho que le hace: y tiene ya tan hecho el gusto á esta suavidad, que querria más

no vivir que haber de comer otras cosas que no sean sinó para quitar el buen sabor que el buen manjar dejó. También una compañía santa no hace su conversacion tanto provecho de un dia como de muchos; y tantos pueden ser los que estemos con ella, que seamos como ella, si nos favorece Dios: y en fin, todo está en lo que su Majestad quiere, y á quien quiere darlo; más mucho va en determinarse, quien ya comienza á recibir esta merced en desasirse de todo y tenerla en lo que es razon.

11. También me parece que anda su Majestad á probar quién le quiere, si nó uno, si nó otro, descubriendo quién es con deleite tan soberano, por avivar la fe, si está muerta, de lo que nos ha de dar, diciendo: Mira, que esto es una gota del mar grandísimo de bienes, por no dejar nada por hacer con los que ama; y como ve que los reciben así, da y se da. Quiere á quien le quiere; ¡y qué bien querido, y qué buen amigo! ¡Oh Señor de mi alma, y quién tuviera palabras para dar á entender qué dais á los que se fían de Vos, y qué pierden los que llegan á este estado y se quedan consigo mismos! No queráis Vos esto, Señor; pues más que esto haceis Vos, que os venís á una posada tan ruin como la mía. Bendito seáis por siempre jamás. Torno á suplicar á vuesa merced, que estas cosas que he he escrito de la oracion, si las tratare con personas espirituales, lo sean; porque si no saben más de un camino, ó se han quedado en el medio, no podrán así atinar; y hay algunas que desde luego las lleva Dios por muy subido camino, y paréceles que así podrán los otros aprovechar allí y quietar el entendimiento, y no se aprovechar de medios de cosas corpóreas, y quedarse han secos como un palo: y algunos que hayan tenido un poco de quietud, luego piensan que como tienen lo uno, pueden hacer lo otro; y en lugar de aprovechar, desaprovecharán, como he dicho: así que en todo es menester experiencia y discrecion. El Señor nos la dé por su bondad.

CAPITULO XXIII

En que torna á tratar del discurso de su vida, y cómo comenzó á tratar de más perfeccion y por qué medios: es provechoso para las personas que tratan de gobernar almas que tienen oracion, saber cómo se han de haber en los principios, y el provecho que le hizo saberla llevar.

1. Quiero ahora tornar á donde dejé de mi vida, que me he detenido, creo más de lo que me habia de detener, porque se entienda mejor lo que está por venir. Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía, la que he vivido desde que comencé á declarar estas cosas de oracion, es que vivía Dios en mí, á lo que parecia; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí. Pues comenzando á quitar ocasiones y á darme más á la oracion, comencé el Señor á hacerme las mercedes, como quien deseaba, á lo que pareció, que yo las quisiese recibir. Comenzó su Majestad á darme muy de ordinario oracion de quietud, y muchas veces de union, que duraba mucho rato. Yo como en estos tiempos habian acaecido grandes ilusiones en mujeres, y engaños que les habia hecho el demonio, comencé á temer, como era tan grande el deleite y suavidad que sentia, y muchas veces sin poderlo excusar; puesto que veia en mí por otra parte una grandísima seguridad, que era Dios, en especial cuando estaba en la oracion, y veia que quedaba de allí muy mejorada y con más fortaleza. Mas en distrayéndome un poco, tornaba á temer y á pensar, si queria el demonio, haciéndome entender que era bueno, suspender el entendimiento para quitarme la oracion mental y que no pudiese pensar en la Pasion, ni aprovecharme del entendimiento, que me parecia á mi mayor pérdida, como no lo entendia. Mas como su Majestad queria ya darme luz para que no le ofendiese ya, y conociese lo mucho que le debia, creció de suerte este miedo, que me hizo buscar con diligencia personas espirituales con quien tratar, y que ya tenia noticia de algunos, porque habian venido aquí los de la Compañía de Jesus, á quien yo, sin conocer á ninguno, era muy aficionada de sólo saber el modo que llevan de vida y oracion, mas no me ha-

llaba digna de hablarles, ni fuerte para obedecerlos, que esto me hacía más temer; porque tratar con ellos y ser la que era, hacíase cosa recia.

2. En esto anduve algun tiempo, hasta que ya con mucha batería que pasé en mí, y temores, me determiné á tratar con una persona espiritual, para preguntarle qué era la oracion que yo tenía, y que me diese luz si iba errada, y hacer todo lo que pudiese por no ofender á Dios; porque la falta, como he dicho, que me veía en mi fortaleza, me hacía estar tan tímida. ¡Qué engaño tan grande, válame Dios, que para querer ser buena me apartaba del bien! En esto debe poner mucho el demonio en el principio de la virtud, porque yo no podía acabar con él. Sabe él que está todo el remedio de un alma en tratar con amigos de Dios, y así no habia término para que yo á esto me determinase. Aguardaba á enmendarme primero, como cuando dejé la oracion, y por ventura nunca lo hiciera, porque estaba ya tan caída en cosillas de mala costumbre, que no acababa de entender eran malas, que era menester ayuda de otros, y darme la mano para levantarme. Bendito sea el Señor, que en fin la suya fué la primera. Como yo vi iba tan adelante mi temor, porque crecía la oracion, parecióme que en esto habia algun gran bien ó grandísimo mal: porque bien entendia ya era cosa sobrenatural lo que tenía, porque algunas veces no lo podia resistir; tenerlo cuando yo queria era excusado. Pensé en mí que no tenía remedio si no procuraba tener limpia conciencia y apartarme de toda ocasion, aunque fuese de pecados veniales, porque siendo espíritu de Dios, clara estaba la ganancia; si era demonio, procurando yo tener contento al Señor y no ofenderle, poco daño me podia hacer, ántes él quedaria con pérdida. Determinada en esto, y suplicando siempre á Dios me ayudase, procurando lo dicho algunos dias, vi que no tenía fuerza mi alma para salir con tanta perfeccion á solas, por algunas aficiones que tenía á cosas, que aunque de suyo no eran muy malas, bastaban para estragarlo todo.

3. Dijéronme de un clérigo letrado que habia en este lugar, que comenzaba el Señor á dar á entender á las gentes su bondad y buena vida, y procuré por medio de un caballero santo que hay en este lugar. (Es casado, mas de vida tan

ejemplar y virtuosa, y de tanta oracion y caridad, que en todo él resplandece su bondad y perfeccion, y con mucha razon; porque gran bien ha venido á muchas almas por su medio, por tener tantos talentos, que áun con no le ayudar su estado, no puede dejar con ellos de obrar: mucho entendimiento, y muy apacible para todos, su conversacion no pesada, tan suave y agraciada, junto con ser recta y santa, que da contento grande á los que trata: todo lo ordena para gran bien de las almas que conversa, y no parece trae otro estudio, sinó hacer por todos los que él ve se sufre, y contentar á todos.) Pues este bendito y santo hombre con su industria, me parece fué principio para que mi alma se salvase. Su humildad á mí espántame, que con haber á lo que creo poco ménos de cuarenta años que tiene oracion (no sé si dos ó tres ménos), y que lleva toda la vida de perfeccion, que á lo que parece sufre su estado; porque tiene una mujer tan gran sierva de Dios y de tanta caridad, que por ella no se pierde: en fin, como mujer de quien Dios sabia habia de ser tan grande siervo suyo la escogió. Estaban deudos suyos casados con parientes míos; y tambien con otro harto siervo de Dios, que estaba casado con una prima mia, tenía mucha comunicacion. Por esta via procuré viniere á hablarme este clérigo que digo tan siervo de Dios, que era muy su amigo, con quien pensé confesarme y tener por maestro. Pues trayéndolo para que me hablase, y yo con grandísima confusion de verme presente de hombre tan santo, dile parte de mi alma y oracion; que confesarme no quiso, dijo, que era muy ocupado, y era así. Comenzó con determinacion santa á llevarme como á fuerte (que de razon habia de estar segun la oracion vió que tenía) para que en ninguna manera ofendiese á Dios. Yo como vi su determinacion tan de presto en cosillas, que como digo, yo no tenía fortaleza para salir luégo con tanta perfeccion, afligime, y como vi que tomaba las cosas de mi alma, como cosa que en una vez habia de acabar con ella, yo veía que habia menester mucho más cuidado. En fin, entendí no eran por los medios que él me daba por donde yo me habia de remediar, porque eran para alma más perfecta; y yo, aunque en las mercedes de Dios estaba adelante, estaba muy en los principios en las virtudes y mortificacion. Y cierto, si no hubiera de tratar mas

de con él, yo creo nunca medrara mi alma, porque la aflicción que me daba de ver cómo yo no hacía ni me parece podía lo que él me decía, bastaba para perder la esperanza y dejarlo todo. Algunas veces me maravillo, que siendo persona que tiene gracia particular en comenzar á llegar almas á Dios, cómo no fué servido entendiése la mía, ni se quisiese encargar della, y veo fué todo para mayor bien mio, porque yo conociese y tratase gente tan santa, como la de la Compañía de Jesus.

4. Desta vez quedé concertada con este caballero santo, para que alguna vez me viniese á ver. Aquí se vió su grande humildad, querer tratar persona tan ruin como yo. Comenzóme á visitar, y animarme, y á decirme, que no pensase que en un dia me habia de apartar de todo, que poco á poco lo haria Dios, que en cosas bien livianas habia él estado algunos años, que no las habia podido acabar consigo. ¡Oh humildad, qué grandes bienes haces á donde estás, y á los que se llegan á quien la tiene! Decíame este santo (que á mi parecer con razon le puedo poner este nombre) flaquezas, que á él le parecia que lo eran con su humildad para mi remedio: y mirado conforme á su estado, no era falta ni imperfección, y conforme al mio, era grandísima tenerlas. Yo no digo esto sin propósito, porque parece me alargo en menudencias, é importan tanto para comenzar á aprovechar á un alma y sacarla á volar, que aún no tiene plumas, como dicen, que no lo creará nadie, sinó quien ha pasado por ello. Y porque espero yo en Dios, vuesa merced ha de aprovechar mucho, lo digo aquí, que fué toda mi salud saberme curar y tener humildad y caridad para estar conmigo, y sufrimiento de ver que no en todo me enmendaba. Iba con discreción poco á poco, dando maneras para vencer al demonio. Yo le comencé á tener tan grande amor, que no habia para mí mayor descanso que el dia que le veia, aunque eran pocos. Cuando tardaba, luégo me fatigaba mucho, pareciéndome que por ser tan ruin no me veia.

5. Como él fue entendiendo mis imperfecciones tan grandes (y aún serian pecados, aunque despues que le traté, más enmendada estaba) y como le dije las mercedes que Dios me hacia, para que me diese luz, díjome, que no venia lo uno con lo otro, que aquellos regalos eran de personas que estaban

ya muy aprovechadas, y mortificadas, que no podia dejar de temer mucho; porque le parecia mal espíritu en algunas cosas, aunque no se determinaba; mas que pensase bien todo lo que entendia de mi oración, y se lo dijese. Y era el trabajo, que yo no sabia poco, ni mucho decir lo que era mi oración; porque esta merced de saber entender qué es, y saberlo decir, há poco que me lo dió Dios. Como me dijo esto, con el miedo que yo traía, fue grande mi aflicción y lágrimas: porque cierto yo deseaba contentar á Dios, y no podia persuadir á que fuese demonio, mas temia por mis grandes pecados me cegase Dios para no lo entender. Mirando libros, para ver si sabia decir la oración que tenía, halle en uno que se llama *Subida del monte*, en lo que toca á union del alma con Dios, todas las señales que yo tenía en aquel no pensar nada: (que esto era lo que yo más decía, que no podia pensar nada, cuando tenía aquella oración) señalé unas rayas la parte que eran, y dile el libro, para que él, y el otro clérigo que he dicho, santo, y siervo de Dios, lo mirasen y me dijesen lo que habia de hacer, y que si les pareciese dejaria la oración del todo, que para qué me habia yo de meter en esos peligros, pues á cabo de veinte años cási que habia que la tenía, no habia salido con ganancia, sino con engaños del demonio, que mejor era no la tener. Aunque tambien esto se me hacia recio, porque ya yo habia probado cuál estaba mi alma sin oración: así que todo lo veia trabajoso, como el que está metido en un rio, que á cualquiera parte que vaya dél teme más peligro, y él se está cási ahogando. Es un trabajo muy grande este, y destos he pasado muchos, como diré adelante; que aunque parece no importa, por ventura hará provecho entender, cómo se ha de probar el espíritu.

6. Es grande cierto el trabajo que se pasa, y es menester tiento, en especial con mujeres, porque es mucha nuestra flaqueza, y podría venir á mucho mal, diciéndoles muy claro, es demonio; sinó mirarlo muy bien, y apartarlas de los peligros que puede haber, y avisarlas en secreto pongan mucho, y le tengan ellos, que conviene. Y en esto hablo, como quien le cuesta harto trabajo, no lo tener algunas personas con quien he tratado mi oración, sino preguntando unos, y otros por bien, me han hecho harto daño, que se han divulgado

cosas que estuvieran secretas; pues no son para todos y parecían las publicaba yo. Creo sin culpa suya lo ha permitido el Señor, para que yo padeciese. No digo que decían lo que trataba con ellos en confesión; más como eran personas á quien yo daba cuenta por mis temores, para que me diesen luz, parecían á mí habian de callar. Con todo nunca osaba callar cosa á personas semejantes. Pues digo, que se avisé con mucha discreción, animándolas, y aguardando tiempo, que el Señor las ayudará como ha hecho á mí, que si nó grandísimo daño me hiciera, segun era temerosa y medrosa: con el gran mal de corazón que tenía, espántome cómo no me hizo mucho mal.

7. Pues como di el libro, y hecha relacion de mi vida, y pecados, lo mejor que pude (por junto, que no confesion por ser seglar, más bien di á entender cuán ruin era) los dos siervos de Dios miraron con gran caridad y amor lo que me convenia. Venida la respuesta, que yo con harto temor esperaba, y habiendo encomendado á muchas personas que me encomendasen á Dios, y yo con harta oracion aquellos dias, con harta fatiga vino á mí, y dijome, que á todo su parecer de entrambos era demonio: que lo que me convenia, era tratar con un padre de la Compañía de Jesus, que como yo le llamase, diciendo que tenía necesidad, venia; y que le diese cuenta de toda mi vida por una confesion general, y de mi condicion, y todo con mucha claridad, que por la virtud del Sacramento de la confesion le daría Dios más luz, que eran muy experimentados en cosas de espíritu. Que no saliese de lo que me dijese en todo, porque estaba en mucho peligro si no habia quien me gobernase. A mí me dió tanto temor y pena, que no sabia qué me hacer, todo era llorar; y estando en un oratorio muy afligida, no sabiendo qué habia de ser de mí, lei en un libro, que parece el Señor me le puso en las manos, que decia San Pablo: que era Dios muy fiel, que nunca á los que le amaban consentia ser del demonio engañados. Esto me consoló muy mucho. Comencé á tratar de mi confesion general, y poner por escrito todos los males, y bienes, un discurso de mi vida lo más claramente que yo entendí, y supe, sin dejar nada por decir. Acuérdomé que como vi despues que lo escribi, tantos males, y casi ningun

bien, que me dió una afliccion y fatiga grandísima. Tambien me daba pena, que me viesen en casa tratar con gente tan santa, como los de la Compañía de Jesus, porque temia mi ruindad, y parecíame quedaba obligada más á no lo ser, y quitarme de mis pasatiempos, y si esto no hacia, que era peor: y así procuré con la Sacristana y Portera no lo diesen á nadie. Aprovechéme poco, que acertó á estar á la puerta, cuando me llamaron, quien lo dijo por todo el convento. ¡Mas qué de embarazos pone el demonio, y qué de temores á quien se quiere llegar á Dios!

8. Tratando con aquel siervo de Dios, que lo era harto, y bien avisado, toda mi alma, como quien sabia este lenguaje, me declaró lo que era, y me animó mucho. Dijo ser espíritu de Dios muy conocidamente, sinó que era menester tornar de nuevo á la oracion, porque no iba bien fundada. ni habia comenzado á entender mortificacion: y era así, que aún el nombre no me parece entendia, que en ninguna manera dejase la oracion, sino que me esforzase mucho, pues Dios me hacia tan particulares mercedes, que qué sabia si por mis medios queria el Señor hacer bien á muchas personas, y otras cosas (que parece profetizó lo que despues el Señor ha hecho conmigo) que tenía mucha culpa, si no respondia á las mercedes que Dios me hacia. En todo me parecia hablaba en él el Espíritu Santo, para curar mi alma, segun se imprimia en ella. Hizome gran confusion, llevóme por medios, que parecia del todo me tornaba otra. ¡Qué gran cosa es entender un alma! Dijome, que tuviese cada dia oracion en un paso de la Pasion, y que me aprovechase dél, y que no pensase sino en la Humanidad, y que aquellos recogimientos y gustos resistiese cuanto pudiese, de manera que no les diese lugar, hasta que él me dijese otra cosa. Dejóme consolada y esforzada, y el Señor que me ayudó, y á él para que entendiese mi condicion, y cómo me habia de gobernar. Quedé determinada de no salir de lo que él me mandase en ninguna cosa, y así lo hice hasta hoy. Alabado sea el Señor, que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente, y casi siempre han sido destes benditos hombres de la Compañía de Jesus, aunque imperfectamente como digo, los he seguido. Conocida mejoría comenzó á tener mi alma, como ahora diré.

CAPITULO XXIV.

Prosigue lo comenzado, y dice, cómo fué aprovechando su alma despues que comenzó á obedecer, y lo poco que le aprovechaba resistir á las mercedes de Dios, y cómo su Majestad se las iba dando más cumplidas.

1. Quedó mi alma desta confesion tan blanda, que me parecia no hubiera cosa á que no me dispusiera; y así comencé á hacer mudanza en muchas cosas, aunque el confesor no me apretaba, antes parecia hacia poco caso de todo: y esto me movia más, porque lo llevaba por modo de amar á Dios, y como dejaba libertad y no premio, si yo no me le pusiese por amor. Estuve así casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos, y mercedes de Dios. Cuanto á lo exterior veíase la mudanza, porque ya el Señor me comenzaba á dar ánimo para pasar por algunas cosas que decían personas que me conocían, pareciéndoles extremos, y aún en la mesma casa: y de lo que ántes hacia, razón tenían, que era extremo; mas de lo que era obligada al hábito, y profesion que hacia, quedaba corta. Gané deste resistir gustos, y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque ántes me parecia, que para darme regalos en la oracion, era menester pasar mucho arrinconamiento, y así no me osaba bullir; despues vi lo poco que hacia al caso, porque cuando más procuraba divertirme, más me cubria el Señor con aquella suavidad y gloria, que me parecia toda me rodeaba, y que por ninguna parte podía huir, y así era: yo traía tanto cuidado, que me daba pena. El Señor le traía mayor á hacer mercedes, y á señalarse mucho más que solía en estos dos meses, para que yo mejor entendiese, que no era más en mi mano. Comencé á tomar de nuevo amo amor á la sacratísima Humanidad, comenzóse á asentar la oracion como edificio que lleva cimiento, y aficionarme á más penitencia, de que yo estaba descuidada, por ser tan grandes mis enfermedades. Díjome aquel varon santo que me confesó, que algunas cosas no me podrian dañar, que por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacia penitencia me la querría dar su Majestad. Mandábame hacer algunas mortificaciones no muy sabrosas para mí. Todo lo hacia porque parecíame que me lo mandaba el Señor, y dábale

gracia, para que me lo mandase, de manera, que yo le obedeciese. Iba ya sintiendo mi alma cualquier ofensa que hiciese á Dios, por pequeña que fuese, de manera que si alguna cosa supérflua traía, no podia recogerme hasta que me lo quitaba. Hacia mucha oracion, porque el Señor me tuviese de su mano pues trataba con sus siervos no me permitiese tornase atrás, que me parecia fuera gran delito, y que habian ellos de perder crédito por mí.

2. En este tiempo vino á este lugar el padre Francisco, que era duque de Gandía, y habia algunos años, que dejándolo todo, habia entrado en la Compañía de Jesus. Procuró mi confesor, y el caballero que he dicho tambien vino á mí, para que le hablase y diese cuenta de la oracion que tenía, porque sabia iba muy adelante en ser muy favorecido, y regalado de Dios, que como quien habia mucho dejado por él, aún en esta vida le pagaba. Pues despues que me hubo oído díjome que era espíritu de Dios, y que le parecia que no era bien ya resistirle más, que hasta entonces estaba bien hecho, sinó que siempre que comenzase la oracion en un paso de la Pasion; y que si despues el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sinó que dejase llevarle á su Majestad, no lo procurando yo. Como quien iba bien adelante dió la medicina y consejo; que hace mucho en esto la experiencia: dijo que era yerro resistir ya más. Yo quedé muy consolada, y el caballero tambien: holgábase mucho que dijese era de Dios, y siempre me ayudaba, y daba avisos en lo que podia, que era mucho.

3. En este tiempo mandaron á mi confesor deste lugar á otro, lo que yo sentí muy mucho, porque pensé me habia de tornar á ser ruin, y no me parecia posible hallar otro como él. Quedó mi alma como en un desierto, muy desconsolada, y temerosa, no sabia qué hacer de mí. Procuróme llevar una parienta mía á su casa, y yo procure ir luego á procurar otro confesor en los de la Compañía. Fue el Señor servido, que comencé á tener amistad con una señora viuda de mucha calidad y oracion, que trataba con ellos mucho. Hizo me confesara su confesor, vivía cerca, y yo me holgaba por tratar mucho con ellos, que de sólo entender la santidad de su trato, era grande el provecho que mi alma sentía. Este padre me

comenzó á poner en más perfeccion. Decíame, que para del todo contentar á Dios, no habia de dejar nada por hacer: tambien con harta maña, y blandura, porque no estaba aún mi alma nada fuerte, sino muy tierna, en especial en dejar algunas amistades que tenia, aunque no ofendia á Dios con ellas, era mucha aficion, y parecíame á mi era ingratitude dejarlas: y así le decia, que pues no ofendia á Dios, ¿que por qué habia de ser desagradecida? El me dijo, que lo encomendase á Dios unos dias, y que rezase el himno de *Veni, Creator*, porque me diese luz de cuál era lo mejor. Habiendo estado un dia mucho en oracion, y suplicando al Señor me ayudase á contentarle en todo, comencé el himno, y estándole diciendo, vinóme un arrebataimiento tan súbito, que casi me sacó de mí, cosa que yo no pude dudar, porque fue muy conocido. Fue la primera vez que el Señor me hizo esta merced de arrobamiento. Entendí estas palabras: *Fa no quiero que tengas conversacion con hombres, sino con Angeles*. A mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánima fue grande, y muy en el espíritu se me dijeron éstas palabras; así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que en quitándoseme el temor (que á mí parecer causó la novedad) me quedó.

4. Ello se ha cumplido bien, que nunca más yo he podido asentar en amistad, ni tener consolacion, ni amor particular sinó á personas que entiendo le tienen á Dios y le procuran servir, ni ha sido en mi mano ni me hace al caso ser deudos, ni amigos, si no entiendo esto, ó es persona que trata de oracion, esme cruz penosa tratar con nadie: esto es así á todo mi parecer, sin ninguna falta. Desde aquel dia yo quedé tan animosa para dejarlo todo por Dios, como quien habia querido en aquel momento (que no me parece fué más) dejar otra á su sierva. Así que no fué menester mandármelo más, que como me veia el confesor tan asida en esto, no habia osado determinadamente decir que lo hiciese. Debía aguardar á que el Señor obrase, como lo hizo, ni yo pensé salir con ello; porque ya yo mesma lo habia procurado, y era tanta la pena que me daba, que como cosa que me parecia no era inconveniente, lo dejaba; y aquí me dió el Señor libertad y fuerza para ponerlo por obra. Así se lo dije al confesor, y lo dejé todo conforme

á como me lo mandó. Hizo harto provecho á quien yo trataba, ver en mí esta determinacion. Sea Dios bendito por siempre, que en un punto me dió la libertad que yo con todas cuantas diligencias habia hecho muchos años habia no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud. Como fué hecho de quien es poderoso y Señor verdadero de todo, ninguna pena me dió.

CAPITULO XXV.

En que trata el modo, y manera cómo se entienden estas hablas que hace Dios al alma sin oírse, y de algunos engaños que puede haber en ello, y en qué se conocerá cuando lo es. Es de mucho provecho para quien se viere en este grado de oracion, porque se declara muy bien, y de harta doctrina.

1. Paréceme será bien declarar cómo es este hablar que hace Dios al alma y lo que ella siente, para que vuesa merced lo entienda; porque desde esta vez que he dicho que el Señor me hizo esta merced, es muy ordinario hasta ahora, como se verá en lo que está por decir. Son unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sinó entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos ó advertir á otra cosa, de manera que aunque se oya no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma, no hay remedio ninguno, sinó que aunque me pese, me hacen escuchar y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere entendamos, que no basta querer ni no querer. Porque el que todo lo puede, quiere que entendamos se ha de hacer lo que quiere, y se muestra Señor verdadero de nosotros. Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir con el gran miedo que traia; y ahora lo pruebo algunas veces, mas poco me aprovecha.

2. Yo querría declarar los engaños que puede haber aquí, aunque quien tiene mucha experiencia paréceme será poco ó ninguno: mas ha de ser mucha la experiencia, y la diferencia que hay cuando es espíritu bueno ó cuando es malo, ó como puede tambien ser aprension del mesmo entendimiento, que